

# LOS CAMINOS DE LA FILOSOFÍA

## DIÁLOGO Y MÉTODO

### Capítulo 11

CECILIA MONTEAGUDO Y PABLO QUINTANILLA, editores

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
**Centro Bibliográfico Nacional**

101 C1 Los caminos de la filosofía: diálogo y método / Cecilia Monteagudo y Pablo Quintanilla, editores.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).  
431 p.; 21 cm.

Incluye bibliografías.

Contenido: Filosofías en diálogo -- La filosofía y el cuidado del alma -- Caminos del conocimiento -- Filosofía y lógica -- Filosofía en diálogo con otras disciplinas.

D.L. 2018-03751

ISBN 978-612-317-333-3

1. Filosofía - Ensayos, conferencias, etc. 2. Metodología - Ensayos, conferencias, etc. 3. Fenomenología 4. Lógica 5. Ética I. Monteagudo Valdez, Cecilia, 1960-, editora II. Quintanilla, Pablo, 1964-, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2018-067**

*Los caminos de la filosofía. Diálogo y método*

Cecilia Monteagudo y Pablo Quintanilla, editores

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: marzo de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-03751

ISBN: 978-612-317-333-3

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800277

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## La omnipresente intuición: ciencia, filosofía y vida

**Richard Antonio Orozco**

Universidad Mayor Nacional de San Marcos

Pontificia Universidad Católica del Perú

En nuestra cultura contemporánea, parece indiscutible una jerarquía que presenta a la ciencia por sobre la filosofía y esta última, a su vez, mejor ubicada que la vida cotidiana. El criterio para tal jerarquía es el uso de la razón. La ciencia, en tanto paradigma de la racionalidad moderna, se ubica a la delantera, pues es la que mejor expresaría el ideal uso de la razón; mientras que la filosofía se ubicaría tras ella, pues depende de la intuición más que de la razón. La vida cotidiana, en cambio, por su escaso nivel de racionalidad y su exclusiva dependencia de la intuición, queda relegada al último plano de la jerarquía. Adviértase, sin embargo, que tal jerarquía evalúa las respuestas, racionales o intuitivas, por la capacidad para mostrar su demostración rigurosa o su capacidad para representar fielmente la realidad. Como la intuición no posee ninguna de esas dos capacidades, ya que nos encontramos ante conclusiones que no son plenamente demostrables (bajo los esquemas de una lógica clásica) y muchas veces cometen errores al tratar de representar fielmente el mundo, entonces es que se la menosprecia o nos referimos a ella como un razonamiento inseguro, incompleto o escaso. No es necesario rebuscar mucho, entre nuestras experiencias, para encontrarnos con este tipo de prejuicios. Incluso lo podemos encontrar entre los filósofos mismos.

En gran medida, fue ese el presupuesto que llevó a los positivistas lógicos a plantearse la necesidad de una reconstrucción plena de la filosofía de tal forma que la alejemos más de la intuición y la acerquemos más a la racionalidad científica. Así lo pensaba Austin quien veía a la filosofía como protociencia a la que deberemos dejar de lado cuando la ciencia aparezca. «Entonces —dice Austin— nos habremos liberado de una o más partes de la filosofía (aunque aún quedará bastante) del único modo en que uno se pueda librar de ella; dándole un puntapié desde lo alto de la escalera» (Glock, 2012, p. 174).

En este artículo me propongo encarar un presupuesto básico de tal menosprecio de la filosofía como de su contraparte sobreestimación de la ciencia. Me refiero específicamente al problema de cómo entendemos la intuición que atribuimos a la filosofía y a la vida cotidiana, pero que no la reconocemos en la ciencia. Ocurre que menospreciamos la intuición porque la comparamos con la plenitud de la demostración lógica. En el caso de la intuición que los filósofos emplean, suponemos más bien que es de menor calidad que la demostración, pues esta puede ser contrastable, mientras que aquella solo es justificable discursivamente. Yo entiendo por intuición un razonamiento que no presenta una demostración completa. Es más bien un tipo de conclusión que se vale de distintos recursos, como son el contexto, las emociones, la experiencia, etcétera, y que se encuentran muy comúnmente en la vida cotidiana. En el lenguaje popular, nos referimos a ella como una «corazonada» y, según Gerd Gigerenzer, tal ejercicio de la razón es muy eficaz justamente por hacer uso de distintos recursos. Piensa este autor que muchos problemas se han resuelto gracias a la intuición y eso se debe a que «lo que parece ser “limitaciones” de la mente, pueden ser eventualmente sus fortalezas» (2007, p. 4). En el caso de la filosofía, sí veo un razonamiento intuitivo que parece ser concluyente, pues se justifica por «la razón», pero que es evidentemente una especulación. Tengo en mente la manera en la que Tomás de Aquino presenta el acto volitivo y cómo logra reconocer hasta doce pasos en un solo

acto volitivo. Tomás de Aquino no era psicólogo y la neurociencia no existía. Su única justificación era su impresión de cómo deberían ser las cosas (el deber ser) y la finura de su pensamiento. Mas esas cualidades no justifican que podamos hablar de una facultad distinta a la del médico que diagnostica o la del juez que dicta sentencia. Sé que se trata de modos diferentes de razonar, pero en términos amplios, podemos referirnos a todas ellas —incluyendo a Tomás de Aquino y al de los filósofos en general— como formas intuitivas de razonamiento.

El hombre y mujer de la calle generalmente menosprecian a la filosofía y sobreestiman a la ciencia porque ven a aquella inundada de razonamientos intuitivos, mientras que a esta la ven dependiendo de razonamientos puramente matemáticos que, por tanto, son claramente seguros. La pregunta que me hago es qué tan presente está la intuición en la ciencia y en la filosofía o, lo que es lo mismo, qué tan presente está la incertidumbre tanto en la ciencia como en la filosofía. En términos simples solemos pensar a la ciencia como una «racionalidad óptima», mientras que a la filosofía la reconocemos más intuitiva y por tanto más incierta. En mi opinión, y es lo que buscaré defender aquí, no existe sino una diferencia gradual y la incertidumbre está presente en ambos ejercicios de la razón también de manera gradual. El problema ha sido sostener la dicotomía razón-intuición como una dicotomía fuerte que aleja a la ciencia de la filosofía. Mi propuesta de encontrar incertidumbre a lo largo de todas las formas de razonamiento, tanto en filosofía como en ciencia, va de la mano con una forma general de racionalidad que yo defiendo y que fue definida como «racionalidad limitada» por Herbert Simon a mediados del siglo XX. Se trata de reconocer con más honestidad los límites de nuestros modelos de racionalidad. Como yo entiendo, la pretensión de querer adscribir certidumbre, seguridad o suficiencia al razonamiento científico es otra perla más de un cientificismo asolapado. Para dejar en claro mi lenguaje, en este texto, utilizaré como sinónimos los siguientes términos: intuición, razonamiento intuitivo, procedimiento heurístico, racionalidad

intuitiva o racionalidad limitada. Con todos ellos me referiré a un tipo de uso de la razón que no logra la suficiencia de razones para sacar una conclusión, en el sentido óptimo del término, y que más bien asume la verdad de la conclusión gracias a una «confianza» subjetiva que sirve de complemento para encarar (disimular) la incertidumbre.

Mi texto será dividido en tres secciones. En una primera sección presentaré y evaluaré la propuesta de Mario Bunge sobre la intuición en la ciencia y la filosofía. En una segunda sección presentaré mi interpretación de los planteamientos de Efraím Fischbein sobre la intuición en la ciencia, lo que me permitirá presentar la manera en que veo a la intuición en la ciencia y la filosofía. Finalmente, en la tercera sección, discutiré la nueva forma en que debe entenderse la relación entre ciencia y filosofía a partir del reconocimiento de la intuición en ambas.

## 1. La intuición y la razón según Mario Bunge

Entre los filósofos, quienes han explícitamente argumentado a favor de la intuición han sido Descartes, Leibniz, Spinoza, Kant, Husserl, Bergson y otros; y cada uno entendió por intuición algo muy particular y distinto de los demás. Descartes pensaba a la intuición como la concepción de un espíritu atento que aprehendía de forma clara y distinta. Para Spinoza, en cambio, la intuición era una inferencia rápida generalmente auxiliada por la visión de los signos. Para Bergson, la intuición era una especie de simpatía intelectual distinta a la inteligencia y con un rol también diferente (1973[1911]). Mario Bunge (1996[1960]) ha diferenciado esos tipos de intuición que presentaron los filósofos catalogándolos en tres subgrupos: los que consideraron a la intuición como una facultad prerracional, esto es, quienes defendieron la idea de una intuición sensible. La segunda categoría sería quienes defendieron la idea de que la intuición es una actividad suprarracional; por ejemplo, la intuición de Kant. Y la tercera forma de pensar la intuición fue entendiéndola como una variedad de la razón, aquí por ejemplo podríamos

encontrar los argumentos de Bergson. Prerracional, superracional o alter-racional serían las tres categorías en las que pudiéramos catalogar las diferentes presentaciones de la intuición en la historia de la filosofía.

Sin embargo, esta clasificación que hace Bunge no ha servido sino para criticar con dureza la manera de entender la intuición que han hecho los filósofos a lo largo de su historia. Cree él, y en eso podría estar bastante acertado, que la mayoría de los filósofos han pretendido acceder a un tipo de intuición superracional. Es decir, lo que la mayor parte de ellos asume es la posibilidad de una metodología privilegiada. Richard Rorty y muchos otros críticos de la modernidad coincidirían con Bunge en esa misma crítica, pues creen también encontrar esa pretensión de visión privilegiada en la historia de la filosofía (Rorty, 1996). Bunge dice que él aceptaría la presencia de la intuición tanto en la filosofía como en la ciencia, pero lo que no aceptaría es esa idea de que la intuición sea una facultad superracional. Asimismo, ha criticado por ello el «intuicionismo» que él entiende como «una tendencia regresiva en filosofía, por proclamar dogmáticamente la existencia e incluso la superioridad de un modo de conocimiento inescrutable e incontrolable» (1996, p. 12). Las reticencias de Bunge también se extienden a esa intuición entendida como una alternativa a la razón o a la inteligencia, tal como Bergson la propuso. Sus acusaciones a la defensa que los filósofos han hecho por ambos tipos de intuición son tan sarcásticas como es su temperamento. De aquellos que defienden una intuición superracional ha dicho que esta visión es el producto del fundamentalismo y el infalibilismo. De los otros, los que defienden a la intuición como una alternativa a la razón, ha dicho que de alguna forma ellos prepararon la visión del nazismo que defendió la pasión contra la razón y la crítica.

Por otro lado, lo que Bunge entiende por la intuición en la ciencia es, en cambio, un tipo de razonamiento ampliativo, de carácter heurístico que complementa el trabajo del intelecto. La intuición es una muleta, dice, pero «¿quién preferirá arrastrarse con la ayuda de muletas si tiene la posibilidad de correr?» (p. 126). Tal como lo expresa, la intuición

está presente en la ciencia en esos espacios en que el razonamiento categórico todavía no ha llegado. Bunge entiende que la ciencia es falible, mejorable y producto de un trabajo fatigoso. La ciencia, dice, es una opinión justificable, pero opinión, al fin y al cabo, con lo que destierra la antigua dicotomía platónica entre conocimiento y opinión. Para Bunge, la ciencia es incierta y es justamente en esos espacios de incertidumbre en donde aparece la intuición. La ciencia fáctica se ha alejado de la pretensión de la certidumbre y más bien ha asumido la posibilidad de una certeza práctica que no es otra cosa que minimización del error, tal y como Popper nos lo enseñó. Por eso también el propio Popper defendió la idea de superar la verdad como objetivo de la ciencia y, en su lugar, asumir a la verosimilitud como aquello que busca el científico. Entonces, en esa verosimilitud, diría Bunge, aparecen tanto el razonamiento demostrativo, concluyente y categórico, y la intuición como una corazonada confiada que asumimos como si fuera verdadera. El punto, sin embargo, que quiero resaltar es que, en la visión de Bunge, la intuición está presente porque no tenemos la certeza, pero en la medida en que la metodología racional sea posible, los espacios de la intuición serán disminuidos. Otra conclusión que se puede extraer del pensamiento de Bunge es que la intuición es de menos valor si se la compara con los atributos de la razón demostrada. No obstante, nos podemos preguntar ¿y si es un error pretender evaluar a la intuición bajo los mismos criterios de la demostración lógica o matemática? ¿Y si la intuición cumple otra función en la evolución de la cultura?

Para entender mejor esa visión de Bunge quiero recordar la presentación de la intuición que ha hecho un famoso psicólogo judío que fue Nobel en Economía, Daniel Kahnemann. En muchas investigaciones realizadas en la década de 1970, casi todas en conjunto con Amos Tversky, Kahnemann ha mostrado la omniabarcante presencia de la intuición en la vida de las personas (2012). Lo curioso de esto, sin embargo, es que lo que él entiende por intuición, lo ha definido como un «pensar rápido», al que ha descrito como un razonamiento errá-



tico, diferente del «pensar despacio», que sería, más bien, el ejercicio medido y calculado de la ciencia. Kahnemann ha mostrado que ese pensar rápido es ilógico en la mayor cantidad de veces. Hay un famoso experimento con el que muestra cómo la gente tiende hacia el error lógico debido a dejarse llevar por la intuición. Es el ejemplo de Mary, una feminista, ecologista y estudiante de filosofía. Se le pregunta a la gente que ordene, en orden de probabilidad, diferentes rumbos que podría tomar la vida de Mary. Cuando aparecen las opciones, encontramos que una de ellas es que Mary terminará como cajera en un banco y la otra opción es que Mary terminará como cajera en el banco y miembro de un movimiento feminista. El error lógico que la mayoría de personas comete, al cumplir con el pedido de ordenar por grado de probabilidad, es que no reconocen que la conjunción es menos probable que la afirmación sola.  $P$  es más probable que  $P$  y  $Q$ . Mucha gente tiende a afirmar que es más probable que Mary termine siendo cajera en el banco y miembro del movimiento feminista, a que Mary sea solo cajera en el banco. Pues esa respuesta bastante común es, sin embargo, un flagrante error lógico. Ese y muchos otros experimentos le permiten a Kahnemann defender sus dos ideas principales: que la intuición está por doquier y que esta es, casi siempre, una respuesta ilógica.

¿Por qué creo que la presentación de Kahnemann nos puede ayudar a entender a Bunge? Porque creo que Bunge también entiende a la intuición como un pensar rápido que, si pudiéramos, deberíamos superar: «La representación imaginativa o fantasía visual es una buena muleta del raciocinio puro, pero no lo reemplaza; lo refuerza psicológicamente, no lógicamente» (1996, p. 134). Para este autor, la presencia de la intuición en la ciencia estriba especialmente en el ejercicio de representación e interpretación. Ambos están muy presentes en la ciencia, pero en la medida de lo posible, deberíamos aspirar a minimizarlas, de la misma forma como, dice, la geometría analítica tornó anticuadas las soluciones a los problemas geométricos hechas con regla y compás. Bunge está de acuerdo en que la ciencia es un proceso de ensayo y error,

cosa que también nos la ha mostrado Popper, y que en ese ensayo y error participa la intuición de manera importante. Sin embargo, dicho ensayo y error no debe ser errático, sino metódico y, por tanto, en la medida de lo posible, se debería minimizar el papel de la intuición.

Un último aspecto que quiero presentar de la propuesta de Bunge es que él afirma que dicho pensamiento intuitivo no es necesariamente opuesto al razonamiento. Quizás es más débil o menos justificable, pero no es opuesto ni ajeno. Lo que estaría diciendo este autor está de acuerdo con muchas investigaciones experimentales que han mostrado que en la intuición y en el razonamiento creativo también funcionan nuestros conocimientos y muchas de nuestras capacidades intelectivas, es decir, la intuición no es arbitraria o caprichosa.

Como puede inferirse de la presentación que he hecho de la propuesta de Bunge, yo estoy de acuerdo con muchas de sus premisas. Creo que un poco de aproximación hacia la ciencia nos llevaría a coincidir con Bunge en su forma de presentar a esta. Sin embargo, en lo que no estaría de acuerdo es en la manera de ver a la intuición como algo superable. Estoy de acuerdo en que la ciencia es falible y está dirigida principalmente por el ensayo y error, y que esa nueva manera de ver a la ciencia nos ha hecho patente la presencia de la intuición en ella. No obstante, la intuición no debiera ser interpretada como un razonamiento débil que debe ser superado, pues tal respuesta es solo producto de una comparación injusta que se le hace con el razonamiento demostrado, bajo los criterios de este último. La intuición no debiera ser entendida como un producto de un resignado carácter falible de la ciencia. Mi impresión es que la intuición cumple un papel distinto en la evolución de la cultura y es bajo esos nuevos parámetros que debiera ser evaluada. Creo que si comenzamos a ver el auténtico rol de la intuición en el proceso adaptativo de la especie humana no buscaríamos distinguir la ciencia de la filosofía, sino que las veríamos solo gradualmente distintas. En pocas palabras, creo yo que la intuición está y ha estado siempre para suplir nuestro anhelo por la certeza.

Antes de desarrollar más esta última idea que acabo de presentar, quiero decir algo sobre la idea de Kahnemann de que la intuición es generalmente ilógica y errada. Para ello me sirvo de otro psicólogo experimental que se ha enfrentado a los planteamientos de Kahnemann; me refiero a Gerd Gigerenzer. Este autor más bien ha mostrado que si bien la intuición está omnipresente en la vida humana, no es errática ni ilógica, sino que, por el contrario, gran parte de los problemas de la vida cotidiana se solucionan efectivamente con ella (2007). Dos ejemplos que me parecen interesantes de los que ha presentado Gigerenzer son, por un lado, la manera en la que los médicos en la sala de emergencia deciden intuitivamente si deben llevar o no a un paciente a la sala de operaciones. Los protocolos en esos casos indican que debería seguirse casi dieciocho pruebas para determinar si un paciente puede ir a dicha sala. Lo que ocurre en la práctica no es así. Por el contrario, los médicos hacen uso de su intuición para obtener esa respuesta y, como lo ha estudiado Gigerenzer, en la mayoría de las veces los médicos aciertan (2001). Eso sí, dicha intuición no es arbitraria, en verdad, es una herramienta adaptativa que permite ganar de la experiencia y de las condiciones del ambiente. El otro ejemplo que Gigerenzer ha presentado lo podemos encontrar en los desarrollos actuales de la inteligencia artificial. Como lo presenta este autor, en dicho campo ya no se busca comprender y copiar ese tipo de razonamiento categórico y demostrable de los seres humanos. Lo que más ha interesado últimamente a los investigadores de inteligencia artificial es justamente el papel de la intuición en la vida humana. Y es que la intuición es vista como una forma eficiente de resolver problemas que los seres humanos hemos desarrollado gracias a nuestras capacidades adaptativas. Así pues, Gigerenzer ha mostrado que las conclusiones de Kahnemann no han estado muy acertadas. De alguna forma, dicha crítica de Gigerenzer a Kahnemann golpea también a Bunge y a su metáfora de la intuición como una muleta que deberíamos procurar dejar.

Considero que Gigerenzer le está criticando a Kahnemann es la pretensión de dicotomizar nuestros razonamientos. Esta idea de que hay razonamientos lentos y seguros, frente a otros que son más bien rápidos y erráticos, es una tendencia que viene ya desde la Ilustración. Herbert Simon decía que fueron los Ilustrados los que nos enseñaron que a más razón más seguridad (1989) y es que en el trasfondo estaba esa dicotomía de razón-intuición que todavía subsiste tanto en Bunge como en Kahnemann. Por eso la respuesta de ambos es la misma: debemos de minimizar el pensar rápido de nuestras vidas (Kahnemann) y debemos de deshacernos de la muleta (Bunge). No obstante, ¿por qué no pensar más bien en una razón limitada? ¿Quizás el error ha sido pensar la racionalidad en condiciones óptimas? En mi opinión, la racionalidad es un ejercicio adaptativo y por ello no puede ser definido bajo modelos óptimos, y eso ocurre tanto en la ciencia como en la filosofía. Ese es, pues, el error de Bunge, el pensar dicotómicamente a la razón y a la intuición, menospreciando, así, a la intuición y asumiéndola como superable. Si en su lugar viéramos a la intuición como elemento innegable de la evolución de la razón, no pensaríamos en la posibilidad de deshacernos de ella como quien se deshace de la muleta. Esa es concretamente mi opinión. La intuición siempre está presente porque ella representa nuestro anhelo de certeza, sabiendo que esta última es inalcanzable para la racionalidad humana.

## **2. La intuición como lucha frente a la incertidumbre**

Después de haber discutido la manera en que Bunge reconoce a la intuición en la ciencia y la filosofía, quiero perfilar mi propuesta sobre el tema que, sin embargo, es deudora de la propuesta de Efraim Fischbein (1994). Para ello, aclaro lo que el subtítulo quiere decir y que es el corazón de mi propuesta: la intuición es una herramienta más en nuestra lucha (adaptativa) contra la incertidumbre.

Aunque el ser humano está siempre urgido por encontrar la certeza, que es sentida como calma y seguridad, lo cierto es que la incertidumbre lo rodea por doquier. Mas dicha urgencia ha llevado al ser humano a creer, con algo de ingenuidad y con mucho de esperanza, que con el suficiente esfuerzo racional sí le es posible alcanzar ese control pleno que llamamos conocimiento absoluto. Esto ha llevado al sentido común a ver a la ciencia como su gran aliado contra la incertidumbre. La ciencia, entonces, aparece como la expresión de un conocimiento certero y definitivo sobre la realidad. La intuición, en tanto conocimiento incierto, parece así alejado completamente de la ciencia y relegada a ámbitos menos serios que esta. Se ve a la intuición en la práctica cotidiana o en la filosofía, pero se piensa que la ciencia está libre de toda forma de intuición. Creo que el error fundamental de la visión que tiene Bunge sobre la intuición en la ciencia es que comparte ese presupuesto que puede ser definido como cientificista. Por «cientificismo» entiendo una sobrevaloración de la ciencia y es justamente eso lo que hace Bunge al partir de ese supuesto dicotómico de un conocimiento científico estable, cierto y seguro; distinto de la aprehensión intuitiva de la realidad que es insegura, inestable y superable. Cuando Bunge afirma que la intuición es esa muleta que debiéramos procurar dejar, refleja cuán dependiente es de la dicotomía aludida.

Ahora bien, Bunge no es el único que ha pensado así. Es evidente que esta forma de pensar, dicotómica, es más común que la que yo propongo. Los filósofos, matemáticos y científicos del Círculo de Viena también presentaron la misma impresión respecto de la intuición. En el famoso *Manifiesto* del Círculo de Viena, los autores rechazan la intuición que defienden los metafísicos y reconocen que la concepción científica del mundo acepta la intuición; aunque, aclaran, «se aspira a, y exige de, todo conocimiento intuitivo, una posterior justificación racional» (Carnap, Hahn & Neurath, 2002[1929]). Hans Hahn, famoso matemático y miembro del Círculo de Viena también afirmó que la intuición es principalmente una fuente de erróneas

concepciones y que debería ser eliminada del esfuerzo científico serio (1956). Obsérvese que es la misma forma de pensar la intuición que presentan Bunge y Kahnemann. En todos los casos, la situación es la misma: se trata de una dicotomía que coloca al conocimiento justificado racionalmente, por un lado, el de la certeza; mientras que al frente, en la incertidumbre, encontramos a la aproximación intuitiva.

Cabe preguntarnos, sin embargo, ¿cuál es el problema con dicha forma de pensar? La respuesta más obvia es que nos oculta la ingenuidad de la pretensión racionalista, que se enorgullece de una certeza que cree mercedamente alcanzada, pero que realmente siempre le es ajena. Se trata pues de la misma actitud errónea que Sócrates desnudó en sus contemporáneos atenienses, quienes creían poseer una sabiduría divina, cuando en verdad, justamente por creer poseer un tipo de sabiduría que escapa a sus límites, incluso perdían la única forma de sabiduría a la que hubieran podido acceder: la humana. En estos tiempos, es el cientificismo, la pretensión de un conocimiento absoluto como premio al esfuerzo racional científico y el concomitante menosprecio de la intuición, el que se nos presenta ingenuo y pretencioso.

Un autor que ha sido clave en la comprensión de este rasgo insoslayable de todo conocimiento humano —me refiero a su incapacidad para escapar de la incertidumbre— ha sido Karl Popper. Él reconoció que la manera en que la ciencia muestra cómo enfrentar la realidad no es representando lo que la realidad es, sino representando lo que la realidad no es (1991[1963]). El presupuesto del que partió fue que todos nuestros conocimientos pueden ser mejorables, que todo conocimiento podría decirnos algo bueno de la realidad, pero que nunca podríamos estar seguros de la estabilidad de dicho conocimiento. La seguridad plena en el ámbito del conocimiento es una sobreestimación de la razón. Mas Popper no ha sido el único en aceptar que nuestros máximos logros racionales son incapaces de escapar definitivamente de la incertidumbre. En la misma línea argumentativa podríamos ubicar a los pragmatistas norteamericanos, quienes defendían la presencia

de un componente volitivo en toda afirmación de cómo es la realidad (James, 2009[1896]) o la presencia de un rasgo práctico en el corazón del conocimiento (Dewey, 1952). También es cercana a esta forma de pensar la explicación que hace Kuhn respecto a la necesidad de comprender los conocimientos científicos desde el trasfondo de sus externalidades, esto es, desde sus contextos sociales, políticos, religiosos, económicos, etcétera (1962).

Si complementamos todos esos argumentos, se nos hace imposible defender la dicotomía entre un conocimiento racional seguro, estable y certero, que se distingue esencialmente de una aproximación intuitiva de la razón, aduciendo que este último es inestable e incierto. Esto es así porque ya no se puede sostener un conocimiento seguro y definitivo en la ciencia o en las aproximaciones de la razón. Hay, eso sí, aproximaciones más nucleares en nuestra cultura en la que todos coincidiríamos, como que la tierra es plana o que el agua posee dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno. Pero pretender que todas las respuestas científicas tengan el mismo estatus de consenso es desconocer la real situación de las teorías. Piénsese, por ejemplo, en la tan discutida situación sobre el comienzo de la vida. Hay afirmaciones científicas que reclaman un comienzo de la vida en la semana 23 de gestación (Gazzaniga, 2015), otras en la tercera y otras en el momento de la concepción. Esa pregunta que es tan fundamental para la cultura y la legislación, sin embargo, no tiene una única solución, pues supone el uso de criterios que son intrínsecamente culturales. Afirmar que «la ciencia lo dice» no soluciona nada con carácter definitivo; sí, en cambio, podríamos estar iluminando cada vez más una interrogante crucial para la sociedad actual. Hemos de asumir que, inevitablemente, nos queda un continuo en el que más bien podríamos hablar de grados de incertidumbre, pero en el que la certeza aparece siempre como la «asíntota de la curva» en la que la aproximación puede tender a cero, pero nunca es plenamente cero. Ahora bien, esto no debería verse como una derrota de la razón, todo lo contrario, se puede reconocer,

más bien, como un progreso en nuestra forma de entender el auténtico ejercicio de la razón: dejando atrás las sobredimensiones.

No obstante, si bien el razonamiento intuitivo y el razonamiento lógico son incapaces de escapar de la incertidumbre, ¿cuál es la diferencia entre ambos? El error al tratar de responder esta pregunta ha sido pretender su comprensión desde los conceptos puros. Esa pretensión kantiana de hacer filosofía desde ese ámbito puro de la validez de los conceptos solo nos lleva a encerrarnos en lo que, de hecho, la cultura ya acepta como dado. En el fondo, ese ejercicio de la razón que pretende ir a las bases puras de la legitimidad, no es sino otra pretensión sobredimensionada que engaña a la razón y la hace pensar que trasciende en donde solo hay inmanencia. Así pues, en mi opinión, ese ha sido el camino incorrecto que ha llevado a dicotomizar conocimiento e intuición. La opción diferente, en cambio, es buscar la comprensión de tal diferencia tras una mirada evolucionista. Esa es, pues, la perspectiva de Efraim Fischbein que yo quiero asumir. Cuánta razón tenía John Dewey cuando decía que la real revolución del texto de Darwin no estaba en teología, sino en epistemología (2000).

Según Fischbein, la intuición «expresa una profunda necesidad de nuestra conducta mental» (1994, p. X). La «instintiva creencia de todo ser humano en la existencia de alguna última, absolutamente confiable, certeza» (p. 7). Desde que el ser humano pisó la tierra, la urgencia por tener todo bajo control lo llevó a buscar representaciones de su contexto, de sus condicionamientos, de sus peligros y oportunidades (Delval, 2011). La búsqueda de ese control dio como resultado lo que llamamos conocimiento, que no es otra cosa que una representación con algún grado de utilidad. Tales representaciones han seguido también una especie de «selección natural» en la que su utilidad o pertinencia para la vida funge de criterio decisorio. Así, algunas de las representaciones más útiles ganan *a fortiori* un respeto y estabilidad. Con el tiempo, y ya con las directrices de la ciencia moderna, dicha estabilidad y respeto se fortalecen, pues aparecen criterios más finos para apoyar



el criterio de utilidad. Aunque en el fondo siempre es la utilidad en la vida, ahora podemos ver que el experimento, la contrastación, la probabilidad matemática o la cuantificación explican mejor la dignidad de los conocimientos. El error fue quizás haberlos disociado demasiado y haber pensado que estos últimos criterios eran válidos en sí mismos y, lo peor, haber creído que estos nos llevaban a la descripción absoluta de la realidad (las leyes de la naturaleza). Una epistemología evolucionista vuelve a colocar todo en su auténtica perspectiva y nos libera de esos autoengaños.

La intuición no persigue objetivos distintos al del conocimiento racionalmente justificado. También, en aquel, el objetivo es el control, el anhelo de estabilidad y nuestra lucha contra la incertidumbre. Empero, la intuición no cuenta con las herramientas sofisticadas como las que se encuentran en las conclusiones lógicas. Esto no significa que la intuición sea necesariamente más incierta o menos confiable que el conocimiento justificado; lo que no es cierto, porque son muchos los casos en los que el razonamiento intuitivo puede ser más confiable que un razonamiento lógicamente logrado. Gigerenzer comenta, por ejemplo, un experimento en el que se les pidió a un grupo de personas que eligieran un regalo. A la mitad del grupo se le exigió que se tomaran un tiempo de cinco minutos para razonar su decisión, mientras que a la otra mitad se les pidió que tomaran la decisión sin tiempo para razonar. Luego de un año se reunió al mismo grupo de personas con la intención de reflexionar sobre la decisión tomada un año atrás; y fue interesante comprobar cómo aquellos que se quejaron de la decisión que tomaron fueron en su mayoría aquellos que tomaron una decisión razonada (2007). A todo esto, Gigerenzer comenta cómo dicho experimento demuestra que la decisión intuitiva puede ser más confiable que la razonada. Podríamos añadir, incluso, ejemplos de decisiones médicas, policíacas o judiciales, y todas ellas servirían para sostener la mayor confianza que puede acompañar a la intuición que al razonamiento racionalmente justificado.

Tampoco puede pensarse que la intuición sea un tipo de razonamiento totalmente ajeno a la ciencia y que solo es ubicable en la vida cotidiana o social. En la ciencia también desempeña una labor importante, pues en muchos casos el razonamiento justificado racionalmente requiere del salto certero y confiable, que la intuición provee, para sostenerse. Difícilmente se podría enseñar geometría si no fuese gracias a la tiza y al pizarrón. Los profesores de cálculo en la educación básica reconocen la importancia de «ver el problema» para que se pueda desarrollar mejor el razonamiento (Malaspina, 2011). Fischbein muestra experimentos con matemáticos que demostrarían que, más allá de toda una justificación racional, el asentimiento de una respuesta correcta está sostenido más sobre la confianza que otorga la intuición que sobre todo el trabajo en el papel.

El argumento de Fischbein es que la intuición ejerce el rol de herramienta adaptativa cuya función es la de enfrentarnos con la incertidumbre. Lamentablemente, este autor no pretende clarificar los presupuestos sobre los cuales se sostiene este argumento. ¿Cuáles por ejemplo? No aclara cómo entiende el carácter adaptativo de la intuición; menos aún cómo podría haberse generado en el proceso evolutivo de la especie humana. Tampoco pretende Fischbein aclarar cuál es el objetivo de esa adaptación, lo que lo llevaría a sostener la función adaptativa de la verdad y la certeza. Empero, esos temas parecen escapar a sus preocupaciones. Su interés es, más bien, sostener empíricamente su idea con la identificación de conductas intuitivas que puedan mostrarse como constituyendo conceptos claves en las ciencias. Dicho camino argumentativo resulta muy interesante y sumamente sugerente, pero lamentablemente todavía incipiente. Para Fischbein «constituir» significa que los conceptos aludidos no se sostienen exclusivamente sobre la justificación formal o la demostración matemática, sino que dichos conceptos son «conductualmente significativos». Lo sorprendente de tal afirmación es que Fischbein religa dos ámbitos que la epistemología, desde Descartes, ha considerado completamente

distanciados: los ámbitos fisiológicos y espirituales. Hablar de conceptos y de conductas ligándolos en un mismo argumento es pretender que las condiciones materiales de un hecho puedan servir de significado para un ámbito puramente teórico. Muchos filósofos han acusado tal pretensión argumentativa con etiquetas peyorativas, tales como «psicologismo», «naturalismo» o «positivismo» (Husserl, 1976[1901]). En cambio, en otras esquinas de la filosofía, el argumento de Fischbein, que liga conductas y conceptos, sería muy bien recibido, pues significaría una superación de la dicotomía teoría-práctica, considerada por los pragmatistas como la más nefasta en la historia de la filosofía. O se vería también con agrado el hecho de que tal argumento refuerza la idea de que el significado de los conceptos no se reduce a realidades puramente espirituales, sino que, más bien, está constituido por los usos condicionados del concepto que las personas hacen de él (Wittgenstein, 2003[1953]). Así pues, el argumento de Fischbein es inevitablemente sorprendente en la historia de la filosofía.

No obstante, podríamos preguntarnos ¿de cuáles conceptos hablamos cuando nos referimos a una constitución conductual del significado? Fischbein considera aquí algunos conceptos claves de la ciencia y las matemáticas como «globalidad», «continuidad», «instantaneidad», «quietud», «progreso», etcétera. Lo que Fischbein sostiene es que dichos conceptos son intuitivamente aprehendidos y no podría ser de otro modo, pues una comprensión cabal de ellos es imposible a partir de puras demostraciones formales. Este autor considera que sí hay conceptos en las ciencias que pueden comprenderse con demostraciones matemáticas: «El absoluto, vacío, continuo, homogéneo e isotrópico espacio de Newton es difícil de aceptar intuitivamente» (1994, p. 25). En otras palabras, ese tipo de conceptos completamente artificiales sí se aprehenden solo demostrativamente. Pero existen esos otros conceptos que, además, cumplen funciones básicas en las ciencias, los que superan la capacidad de las demostraciones para ser alcanzados. Solo es posible el acceso a ellos a partir de la intuición. Esta, la intuición, sí funciona

como Bunge proponía, es decir, como una «muleta» de la razón; pero a diferencia de él, Fischbein no consideraría posible deshacernos de tal muleta, sino que más bien esta aparece para atrapar esa certeza que a la razón le es esquiva. La muleta de la intuición es el gran recurso de la razón humana con el cual logra un fin primario, aunque de carácter adaptativo.

Una objeción pragmatista al planteamiento de Fischbein que acabo de presentar sería que dicha búsqueda de la certeza no es sino un engaño más de la razón por su miedo a tratar con la incertidumbre. De hecho, los pragmatistas piensan que la supuesta superación de la incertidumbre es otro autoengaño del racionalismo ilustrado. Lo que queda para los pragmatistas no es la búsqueda de una nueva herramienta que nos permita dejar atrás la incertidumbre, sino más bien comenzar a aceptar, como intrínsecamente humana, dicha incertidumbre y aprender así a convivir con ella. Por ello el argumento de Fischbein parece anti-pragmatista. Así me pareció cuando lo leí por primera vez. La primera impresión es que Fischbein no se ha salvado de aquello que Berstein llamó la «ansiedad cartesiana» (1993). No obstante, podemos recurrir a una nueva lectura del argumento de Fischbein que muestre, más bien, cuán cercano es este a los planteamientos pragmatistas; no porque crea que ese sea un estándar insoslayable, sino por la seria acusación que se seguiría si aceptáramos que él no es otro más que un «optimista epistemológico», tal y como Popper lo presentó (1991). En dicha nueva lectura, cuando Fischbein dice que la intuición es la herramienta adaptativa que nos ayuda a superar la incertidumbre, no quiere sostener que esta, la intuición, sea algo así como una facultad superior que nos permita alcanzar aquello que es humanamente inaccesible. En lugar de ello, debemos ver a la certeza como un estado psicológico que nos ofrece seguridad, equilibrio y que permite que la vida sea posible.

Si hemos de utilizar una imagen para aclarar el argumento de Fischbein, la figura de la muleta no parece ser la mejor opción. «Atajo» o «salto» podrían ser más eficientes para explicitar la idea de la intuición

como herramienta adaptativa en la búsqueda de la certeza. Lo que la intuición permite no es la comprensión plena de lo que es la realidad, sino ese estado de seguridad y confianza que el ser humano requiere para vivir su vida en equilibrio. Como decía Peirce (y en general, como pensaban los pragmatistas), la verdad es, en primer lugar, una necesidad práctica. Sin ella sería imposible la vida; no podríamos dar un solo paso hacia adelante si requiriéramos de una justificación racional para cada una de nuestras creencias. Así, asumimos la verdad de la mayoría de nuestras creencias por necesidad práctica; y entonces no es la verdad la que deba ser justificada, sino la duda (1988a[1868]). La intuición aporta justamente ese estado psicológico que el ser humano requiere para vivir su vida de manera aceptable.

Por supuesto, tampoco se está afirmando que lo único que importa es el estado psicológico y que la verdad de la realidad sea superflua. Si fuera así, el autoengaño o el sueño podrían ser más importantes que la ciencia. Pero ese no es el caso. La ciencia ha logrado satisfacer en gran medida nuestra necesidad por conocer la realidad. Aunque, creo con Popper que la única verdad que nos permite conocer es aquello que la realidad no es. No obstante, la ciencia ha permitido explicarnos la historia de la Tierra, la vida animal, el cuerpo humano, las enfermedades, el macro y microcosmos, etcétera, y sus explicaciones han generado un auténtico sentimiento de confianza y sosiego en la humanidad. Mas todo eso no es suficiente. La urgencia humana por la certeza no ha sido satisfecha por la ciencia y no podrá serlo, pues la demostración teórica solo queda en la teoría y no puede pasar al estado psicológico. Ese salto de la lógica hacia la psicología es otra versión de lo que Hume llamaba la «falacia naturalista» y ya en la modernidad se era consciente de su imposibilidad. Por falacia naturalista Hume entendía la pretensión de ir desde el plano meramente teórico hacia la realidad del ser. La intuición, en cambio, sí logra tal cometido. Mediante esta, la razón humana se contacta con las emociones, los estados perceptivos y los ámbitos fisiológicos de las creencias. Por esa razón, el término popular para definir

una intuición es «corazonada». La intuición es una conexión entre el ámbito espiritual y el corporal, conexión que le es imposible a la demostración racionalmente rigurosa.

Analicemos ahora los componentes de la intuición para ver por qué a ella sí le es posible dar ese salto hacia la psicología que a la razón lógica le es vedado. Según Fischbein, los dos componentes de la intuición son «autoevidencia» y «sobreconfianza». Voy a explicar cada uno de ellos. En primer lugar, encontramos la autoevidencia. Este es el atributo de la intuición en tanto acto, no es atributo de aquello que se conoce, es decir, no es que el conocimiento intuitivo sea absoluto o pleno; es más bien que el acto de intuir supone una conciencia de estar enfrentado a una autoevidencia. Es un sentimiento de «certeza directa» que aparece en la afirmación intuitiva y es, según este autor, el principal atributo de la intuición. La función de la intuición no es llevarnos hacia el conocimiento cierto; su trato es con nuestra «necesidad» de esa certeza. No obstante, se podría objetar que la intuición, entonces, no pasa de ser más que un autoengaño eficiente. Creo que podríamos dividir el problema para tratar esta objeción. Por un lado, podríamos preguntarnos si es que la intuición es verdaderamente un autoengaño y, por el otro, podríamos hacernos la pregunta por la eficacia de la intuición.

Sobre si la intuición es un autoengaño yo respondería inmediatamente que no. Un autoengaño es, por ejemplo, la creencia de la esposa en la fidelidad de su marido, aunque este le sea infiel y aunque haya indicios de tal infidelidad. Ese sería un autoengaño evidente, pues ella cree lo que quiere y necesita creer, aun a pesar de los indicios contrarios. Supongamos, sin embargo, que no hubiera tales indicios —un marido experto en el arte del engaño—; en ese caso la creencia en la fidelidad de este ya no sería un autoengaño, pero sí una ilusión que es alejada de la realidad. No obstante, ninguna de esas dos posibilidades es parecida a, por ejemplo, un médico que, con una serie de indicios, logra diagnosticar acertadamente lo que en realidad ocurre con su paciente.

La necesidad de adaptarse a las circunstancias y limitaciones que el médico ha encontrado en su experiencia profesional ha hecho que él logre «leer» signos que van más allá de los meros análisis o del cumplimiento de protocolos. Detectives, jueces, amas de casa, profesores y políticos, entre muchos más, se encuentran en la misma situación que el médico y así toman decisiones basadas en la intuición que se sujeta de indicios. En la ciencia no ocurre algo distinto. Peirce decía que los científicos solo por «instinto» definían hipótesis apropiadas entre los trillones de hipótesis posibles (1988b[1903]). Pero habría que aclarar que los indicios de los que se vale la intuición no son solo de tipo lógico. En la intuición juegan un papel importante las emociones, la experiencia, el cuerpo, el contexto, los recuerdos, etcétera. La intuición se vale de todo tipo de ayudas de manera tal que el salto que pretende dar no sea demasiado iluso o descabellado. Lo que sí parece claro es que la intuición encuentra autoevidencia en esa decisión a la que apunta y la utiliza como recurso actitudinal para alcanzar el equilibrio que la vida requiere.

Entonces, las aproximaciones intuitivas son autoevidentes no por razón de una ilusión o un autoengaño, sino por un salto que es necesario para la vida práctica. La pregunta por la eficacia de la intuición debe considerar ese aspecto y no solo la representación correcta de la realidad. En otras palabras, cuestionar una intuición solo porque fue una representación exacta de la realidad o no lo fue es olvidar el principal rol de la intuición: «La intuición no es la fuente primaria de verdad, certeza, cognición, sino que parece serlo pues ese es exactamente su rol: crear la apariencia de la certeza» (Fischbein, 1994, p. 12). Quizás estamos mal acostumbrados, por los patrones mentales que el racionalismo ha impuesto en nuestra cultura, a evaluar la calidad de nuestras respuestas por la rigurosidad lógica o la exacta representación de la realidad y olvidamos algo que los pragmatistas han tratado constantemente de recordárnoslo: que la razón de ser que justifica una representación, una teoría o un conocimiento cualquiera es su funcionalidad para la vida.

Cuando Kahnemann critica la eficacia de la intuición dice que nuestras respuestas intuitivas, por ser expresión de ese razonamiento rápido y poco riguroso, generalmente nos llevan al error. El ejemplo que propone es la clásica situación que enfrentamos cuando recibimos un presupuesto que nos ofrecen los empíricos trabajadores manuales de la construcción, gasfitería o carpintería. Generalmente, dichos presupuestos son errados y son rehechos varias veces a lo largo de la obra. El propio Kahnemann recuerda una experiencia en su grupo de investigación que también supuso un error de intuición al momento de proponer el cronograma y la fecha probable para el fin de la investigación. Este autor llama a eso «exceso de confianza» (2012, p. 306). Sin embargo, cabría responder a su objeción diciendo que él solo mide la eficacia de la intuición por su capacidad para representar exactamente la realidad, pero no mide, por ejemplo, la manera en que dicha intuición (ese atributo de certeza que posee) impulsa y estimula el trabajo. Si se pensara en ese otro aporte de la intuición la eficacia de esta sería menos discutida.

La sobreconfianza es el otro componente de la intuición. Es el componente que justamente responde a esa nueva forma de ver la eficacia de la intuición. Si quisiéramos distinguir con claridad entre estos dos componentes tendríamos que decir que la autoevidencia es ese carácter que se le impone a aquello que es intuido; es decir, aquello que intuimos lo consideramos autoevidente. Mientras que la sobreconfianza es ese sentimiento que aparece en el individuo que realiza la intuición, y que fortalece e impulsa la generación de esa nueva forma de eficacia adaptativa. La intuición no es eficaz porque nos representa la realidad de manera exacta, sino porque nos da confianza y nos estimula. Piénsese, por ejemplo, en el enorme papel que juega la confianza en la política o en la economía. Decisiones políticas muy útiles y necesarias pueden terminar siendo contraproducentes a la sociedad si esta no muestra su confianza en ellas. Normas legales y teorías económicas también requieren de dicha confianza. De hecho, un serio peligro para



sector bancario es la pérdida de confianza o lo que es lo mismo «pánico financiero». Pues la ciencia no es ajena a esto. Ya Robert Merton hacía alusión al famoso *Principio Mateo* y a la manera en que este está presente en la vida de los científicos (1974). Por tal principio se aludía a la mayor confianza que generan las propuestas de científicos que ya han ganado algún reconocimiento respecto de esos otros que todavía no han sido reconocidos por la comunidad. Así, la comunidad científica siempre atendería más fácilmente a aquellos a los cuales ya les tiene confianza y dejaría sin atender, por muy buenos que sean, propuestas de esos otros científicos anónimos, cumpliendo la famosa sentencia expuesta en el evangelio de Mateo «al que tiene se le dará más». La sobreconfianza que la intuición ofrece cumple ese papel en pro de la eficacia de nuestros razonamientos. Lo que ocurre, según Fischbein, es que las percepciones son directas y, por ello, normalmente correctas. Pero no ocurre lo mismo con las producciones mentales, las que, más bien, son hipotéticas, vagas e incompletas. La sobreconfianza de la intuición cumple ese rol necesario para hacer que esas producciones mentales puedan ser asumidas y afirmadas «como si» fueran plenas y directas. Dicho «como si» al que he aludido puede generar algún tipo de desconfianza. Podría objetarse que es muy inseguro hacer valer formas de razonamiento o cognición que se sostengan en un «como si», mas yo preferiría pensar en una decisión prudente y eficaz. Descartes, uno de los autores más emblemáticos del racionalismo, cuando presentaba sus principios de moral, pedía que asumiéramos nuestras decisiones, una vez tomadas, «como si» se hubieran tomado con absoluta seguridad. Descartes era consciente de que todas nuestras decisiones siempre guardan un cierto margen de inseguridad, pero también sabía de la importancia de superar ese carácter. Por eso, el «como si» juega un papel central en la eficacia de las decisiones. De la misma forma, la sobreconfianza de la intuición actúa permitiéndonos enfrentar la incertidumbre «como si» esta hubiese sido superada y la consecuencia es una efectividad de la acción que es logro adaptativo de la vida humana.

### 3. La relación ciencia-filosofía desde la intuición

Finalmente, quiero añadir unas cortas reflexiones sobre una consecuencia importante que sucede a la explicación de la intuición que acabo de hacer. Me refiero específicamente a la relación entre ciencia y filosofía. La mirada clásica, racionalista y científicista de dicha relación nos presenta a una ciencia que ocupa un lugar privilegiado entre las formas de acceso a la realidad y, muy por debajo de ella, a la filosofía, que se queda con razonamientos que no son contrastables, que son inseguros y que sucesivamente se tejen y destejen. Además, se le objeta a la filosofía el depender demasiado de una intuición filosófica que no sería sino una ilusión que los filósofos llaman «razón pura». La ciencia, en cambio, sería el paradigma del buen ejercicio de la razón y, por ello, se la presenta como el modelo de la racionalidad occidental. Entonces, aparece la dicotomía razón-intuición que define la jerarquía que menosprecia a la filosofía y a la intuición, y ensalza la razón y la ciencia.

En los párrafos precedentes, sin embargo, he buscado mostrar otra forma de entender la omnipresencia de la intuición en la vida cotidiana, en la filosofía y en la ciencia (tanto fáctica como formal). En esta nueva forma de ver a la intuición, ella es evaluada no por su capacidad para representar fielmente la realidad, pues eso sería nuevamente medir a la intuición bajo los esquemas de la razón, sino, más bien, por su funcionalidad en la vida práctica. Podría objetarse que en ese sentido solo he mostrado la presencia de la intuición en la vida práctica, pero no en la filosofía o en la ciencia. De hecho que la intuición está presente en la filosofía no es discutible; lo que se niega es la presencia de la intuición en la ciencia o, si se acepta, se la asume como estado superable. Pues bien, en mi opinión eso no es así. La ciencia es también claramente intuitiva, ya que sin el aporte de la intuición aquella no sería efectiva. La intuición aparece en todos los momentos creativos de la práctica científica (elaboración de hipótesis, diseño de la tesis, definición de pruebas y experimentos, determinación de criterios

de evaluación, etcétera), pero también en las demostraciones mismas. Un científico no demuestra una sentencia de la ciencia para luego creer en ella y defenderla. Primero cree en ella intuitivamente y luego busca su demostración formal. La eficacia de la demostración formal es solo posible gracias a esa fuerza actitudinal que la intuición proporciona.

Así, puesta la relación entre la ciencia y la filosofía con una ubicua intuición que las recorre y liga es imposible separarlas tajantemente. No se trata de dos tipos de verdad o de dos modelos de razonamiento totalmente distintos. Richard Rorty pensaba que la pregunta más importante de la filosofía debía ser ¿qué tipo de mundo queremos dejar a nuestros nietos? Y creo yo que esa es también la misma pregunta de la ciencia y de todos nuestros esfuerzos por controlar y predecir la realidad en la que vivimos. Incluso si nuestra interrogante es por la forma de vida de los dinosaurios o si queremos explicar los agujeros negros, en todos esos casos nos encontramos con el mismo objetivo práctico: hacer nuestra vida más asequible. Ni en la filosofía ni en la ciencia ningún esfuerzo es plenamente inútil. A corto o a largo plazo nos encontraremos con un grado de utilidad para cualquiera de nuestras preocupaciones. Lo que sí ocurre, sin embargo, es que algunas de nuestras preocupaciones son más claras y más fácilmente traducibles a cánones exactos y otras no. La pregunta por las condiciones vitales del ser humano es más fácilmente traducible a cánones exactos que la pregunta por cuándo comienza la vida. La ciencia pretende ubicarse en ese plano de la traducción a cánones exactos, medibles y contrastables; la filosofía queda en ese ámbito de preguntas menos traducibles y que requieren de explicaciones más intuitivas. ¿Significa eso que la ciencia se salvó de la intuición? De ninguna manera, solo nos muestra que la ayuda que le brindan esos cánones exactos es muy fructífera y eficiente, pero la incertidumbre sigue recorriendo todo el espectro de nuestras interrogantes. La ciencia y la filosofía no se separan, pues, por una supuesta seguridad o certeza en sus respuestas. La certeza que ambas logran (el estado psicológico) se debe a la intuición con la que parten

en la búsqueda de la respuesta. Así las cosas, solo nos queda una diferencia gradual entre la ciencia y la filosofía, diferencia en la capacidad que tienen ambas de traducir sus preguntas a cánones exactos, pero no hay diferencia en cuanto a que una de ellas nos muestre la realidad tal y como es o que alguna haya eliminado la incertidumbre de su discurso.

## Bibliografía

- Bergson, Henri (1973[1911]). La intuición filosófica. En *Introducción a la metafísica* (pp. 97-141). Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Bernstein, Richard (1993). *Beyond Objectivism and Relativism. Science, Hermeneutics and Praxis*. Filadelfia: University of Philadelphia Press.
- Bunge, Mario (1996[1960]). *Intuición y razón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Carnap, Rudolf, Hans Hahn & Otto Neurath (2002[1929]). La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena. *Redes. Revista de estudios sobre la ciencia y la tecnología*. 9(18), 103-149.
- Delval, Juan (2011). *El mono inmaduro. El desarrollo psicológico humano*. México DF: Siglo XXI.
- Dewey, John (1952). *La busca de la certeza*. México DF: FCE.
- Dewey, John (2000[1909]). La influencia del darwinismo en la filosofía. En *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo* (pp. 49-60). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fischbein, Efraim (1994). *Intuition in Science and Mathematics. An Educational Approach*. Boston: Reidel Publishing Company.
- Gazzaniga, Michael (2015). *El cerebro ético*. Barcelona: Paidós.
- Gigerenzer, Gerd (2001). *Bounded Rationality. The Adaptive Toolbox*. Cambridge: MIT.
- Gigerenzer, Gerd (2007). *Gut Feelings*. Nueva York: Penguin Books.
- Glock, Hans-Johann (2012). *¿Qué es la filosofía analítica?* Madrid: Tecnos.
- Hahn, Hans (1956). The Crisis in Intuition. En *The World of Mathematics* (pp. 957-976). Nueva York: Simon and Schuster.

- Husserl, Edmund (1976[1901]). *Investigaciones lógicas*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ippoliti, Emiliano (ed.) (2015). *Heuristic Reasoning*. Nueva York: Springer.
- James, William (2009[1896]). La voluntad de creer. En *La voluntad de creer* (pp. 41-70). Barcelona: Marbot.
- Kahnemann, Daniel (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: Debate.
- Kuhn, Thomas (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: International Encyclopedia of Unified Science.
- Malaspina, Uldarico (2011). *Intuición y resolución de problemas de optimización. Un análisis ontosemiótico y propuestas para la educación básica*. Berlín: Editorial Académica Española.
- Merton, Robert (1974). *The Sociology of Science. Theoretical and Empirical Investigations*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Peirce, Charles S. (1988a[1868]). Algunas consecuencias de cuatro incapacidades. En *El hombre un signo* (pp. 39-57). Barcelona: Crítica.
- Peirce, Charles S. (1988b[1903]). Tres tipos de razonamientos. En *El hombre, un signo* (pp. 151-179). Barcelona: Crítica.
- Popper, Karl (1991[1963]). *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, Richard (1996). *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos.
- Simon, Herbert (1989). *Naturaleza y límites de la razón humana*. México DF: FCE.
- Wittgenstein, Ludwig (2003[1953]). *Investigaciones filosóficas*. México DF: UNAM.